

El desafío ejemplar y la gran derrota de un famoso rey castellano

LA segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII caracterizanse como período histórico que marca la mayor intensidad en la contienda entre cristianos y alarbes por el dominio de la Península.

En el centro de la llanura comprendida entre Sierra Morena y los Montes de Toledo—a la que los agarenos dieron el nombre de *Manxa*—alzábase la ciudad de A'arcos, la antigua *Laccuris* romana, así nombrada por Tolomeo Alejandrino en su famosa guía geográfica, situada en una prominencia cabe el Guadiana. En 1078 fué reconquistada a los árabes por el gran monarca Alfonso VI, el de la *mano horadada*, y constituyó, en unión de otras plazas vecinas, la dote que Almotamidí rey moro de Sevilla, dió a su hija Zaida, que aquél tomó como esposa.

Muchos cambios de dominio sufrió la ciudad, con las alternativas que experimentaba la contienda entre la Cruz y la Media Luna. Perdida en 1107, fué recuperada nuevamente por Alfonso VII en 1130. Arrebatada otra vez y reconquistada en 1147, entregóse a las milicias de los Templarios. Pero éstas, con pocas fuerzas para impedir las acometidas mahometanas, no pudieron evitar que los alarbes se apoderasen de ella por sorpresa y la destruyeran en 1158. Reedificada por los caballeros de Calatrava, constituyó, para Alfonso VIII, el baluarte de avanzada contra el enemigo.

Era este valeroso monarca tan hábil guerrero como entusiasta protector de las Letras, según denota el hecho de haber fundado, en Palencia, la primera Universidad española. Cuando tenía sólo quince años decidió celebrar sus bodas con la princesa Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra y hermana de Ricardo Corazón de León, el gran adalid de las Cruzadas, quedando bien perdurable el recuerdo de sus bodas, celebradas en la ciudad aragonesa de Tarazona, dado el fausto de los festejos a que dieron lugar.

El maestro Menéndez Pidal ha evocado, en una de sus páginas más brillantes, lo que fué aquella corte refinada y trovadoresca, acaso inigualada, a la sazón, en todo el Occidente. «La novia—escribe—venía de Gascuña, buena tierra de juglares, y, entre los principales caballeros ingleses y franceses de su séquito, venían algunos trovadores como Arnaut Guilhem de Marsán; con la reina inglesa, parte del personal juglaresco de la corte de los Plantagenet pasó, sin duda, a Castilla, la